

Hay vías Abiertas para América Latina?	Titulo
de Oliveira, Francisco - Autor/a;	Autor(es)
Nueva hegemonía mundial. Alternativas de cambio y movimientos sociales	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2004	Fecha
	Colección
dependencia economica; representacion politica; desigualdad social; economia; politica; neoliberalismo; America Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
<a href="http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100613083445/6oliver.pdf">http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100613083445/6oliver.pdf</a>	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica <a href="http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es">http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es</a>	Licencia

**Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO**

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

**Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)**

**Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)**

**Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)**

[www.clacso.edu.ar](http://www.clacso.edu.ar)



## **¿Hay vías Abiertas para América Latina? Francisco de Oliveira\***

La inspiración de esta presentación es evidente. Me refiero al clásico de Eduardo Galeano, *Las Venas Abiertas de América Latina*. Nos preguntamos, entonces: ¿Las Venas Abiertas de América Latina pueden ser transformadas en vías abiertas para su liberación, para la disminución de sus desigualdades internas, para el retorno del desarrollo económico, para un nuevo lugar en el mundo contemporáneo? ¿Hay una transformación dialéctica de “venas abiertas” en “vías abiertas”, o continuaremos leyendo a Borges como maestro de nuestro espejismo?

Conviene no repetir precariamente lo que puede encontrarse expresado en los documentos de la CEPAL: las dos últimas décadas fueron de estagnación, retroceso y como máximo, en algunos casos, de crecimiento mediocre. América Latina fue avasallada por el neoliberalismo – llamémoslo por el nombre por el cual fue popularizada su crítica, a pesar de que éste sea, en sí mismo, un tanto mistificador– en el último período del siglo pasado y continúa bajo su dominio. Somos la región con la mayor desigualdad incluso respecto de África. Interna-mente, la desigualdad aumentó en nuestras sociedades entre el inicio de los años noventa y el comienzo de 2000. México y Brasil casi no han cambiado en este período pero sociedades más igualitarias como Argentina y Uruguay se destacaron por un proceso de polarización social radical. La excepción conocida es la de siempre: Cuba, que nos recibe tan generosamente, pero cuyo propio progreso se ve truncado por la estagnación general de Latinoamérica, que la hace asumir los riesgos del “socialismo en un solo país”. Lo que no disminuye en nada, al contrario, exalta su dignidad y los inmensos sacrificios de su pueblo.

Bajo el diagnóstico general se esconden especificidades: desde la fulminante transformación de México en el mayor exportador individual para Estados Unidos en el ámbito del NAFTA – que, sin embargo, no impidió el default de la deuda externa a comienzos de los noventa ni permitió resolver la cuestión de la desigualdad mexicana–, hasta el estrepitoso fracaso y el increíble retroceso de la Argentina, otrora una de las cinco economías más importantes del mundo en los comienzos del siglo XX. Chile conoce el desarrollo menos errático desde la dictadura de Pinochet, pero sus trabajadores ya experimentan las viñas amargas –en un bello país vitivinícola– de la seguridad social privatizada, ahora que llegó la hora de pagar la cuenta. De cualquier forma, el aislacionismo chileno con relación a América Latina lo coloca en la dependencia casi exclusiva del mercado norteamericano, y de hecho Chile retrocedió en términos de división social del trabajo –ha vuelto a su condición de economía primario-exportadora anclada todavía en el bueno y viejo cobre estatal. Las economías uruguaya y paraguaya sufren los efectos del retroceso argentino y del neoliberalismo brasileño y el MERCOSUR no ha sido suficiente, en el estado en que se encuentra, para devolverles su dinamismo. Colombia se transformó en una tragedia, cuyas características todos conocemos, y está en vías de transformarse en un no-Estado y en una no-nación. Ecuador, Perú y Bolivia experimentaron espasmos tan violentos que ni siquiera la ciencia social más cautelosa se arriesga a hacer previsiones: se puede pasar de Sendero Luminoso a Alberto Fujimori y de éste a Alejandro Toledo, de los experimentos al estilo Margaret Thatcher avant la lettre a Evo Morales, y de la dolarización a forceps al movimiento indígena anti-capitalista, casi sin mediaciones. Venezuela sufrió la más desenfundada corrupción bajo el partido más socialdemócrata que el continente conoció, y viene experimentando cotidianamente todas las tentativas de desestabilización de su revolución bolivariana, pasando por el escandaloso asalto a la presidencia de la República liderado directamente por el presidente de la asociación de empresarios.

Menos que un rosario de nuestras debilidades, lo que esta breve enumeración describe es la fortísima erosión de las instituciones democráticas y republicanas por parte del neoliberalismo, una declaración de guerra abierta del capital contra la posibilidades de la acción política. Parfraseando a Atilio Boron, este Secretario Ejecutivo que con su valeroso equipó operó el verdadero milagro de recuperar nuestro CLACSO, el capitalismo en la periferia está revelándose como totalmente incompatible con la democracia.

Después de la crisis de las dictaduras, un soplo de libertad barrió América Latina. En todo el

continente, la revitalización de la política operada por la conjunción de movimientos sociales en ascenso, sindicalismos renovados (caso nítido de Brasil), las crisis de las deudas externas, la creación de nuevos partidos de masas con centralidad trabajadora –otra vez el ejemplo brasileño del Partido de los Trabajadores (PT)–, la reparación de equivocados antagonismos partidistas –típicamente el caso de la reconciliación chilena entre demócratas-cristianos y socialistas–, un nuevo aliento en el justicialismo argentino, el rechazo popular a la corrupción andresista en Venezuela y una reidentificación con el ideario bolivariano, hizo el milagro de la democratización de Latinoamérica. Y con él, las promesas de desterrar los experimentos casi auschwitzianos neoliberales. Por primera vez en la historia de la región, no existía en sus treinta y cinco países ningún régimen dictatorial. Parecía que la grotesca mezcla de dictadores, jefezuelos, tiranetes en unos pocos regímenes pseudo-democráticos había acabado, para ceder lugar al predominio unánime de la democracia.

Sin embargo, algo enteramente imprevisto ocurrió. Tal vez habíamos subestimado el “trabajo sucio” de las dictaduras, los estragos producidos en la estructura social, en el aumento de las desigualdades, en la capacidad estatal de regulación de los conflictos, en la identidad entre proyecto nacional para las clases dominantes y proyecto nacional para las clases dominadas. Una especie de asincronía, para decir lo mínimo, se había producido: las burguesías renunciaban a un proyecto nacional, y el espacio de la política era, así, transformado en un confinamiento para las clases dominadas. La onda de democratización fue encapsulada por la globalización, con todas sus consecuencias: las dictaduras habían insertado definitivamente las economías de América Latina en la financiarización del capital, lo que esterilizaba en grado extremo el poder del Estado en esta nueva y original democratización. La respuesta de las fuerzas políticas que asumieron el poder estatal post dictaduras fue acelerar el paso para completar el trabajo de la financiarización, intentando insertar a los diversos países, bajo diferentes fórmulas, en el equívoco de una globalización supuestamente homogeneizadora. Se eliminaron las protecciones aduaneras en nombre de los beneficios del libre comercio, se privatizaron las empresas estatales que se habían constituido en pilares de la industrialización desde los años cincuenta, se desregularon por diversas formas los mercados de trabajo estructurados en un precario Estado de Bienestar. Algunos fueron bastante lejos: México por medio de la integración al NAFTA perdió su autonomía para cualquier política económica, Argentina privatizó todo y estableció una dolarización que acabó por eliminar todas las protecciones no aduaneras y llegó al límite de inscribir como letra de ley la paridad entre el peso y el dólar, negando por lo tanto a los electos la capacidad de gobernar. De La Rúa fue el paroxismo de esa desestatización de la moneda. Brasil, bajo el doble mandato de Fernando Henrique Cardoso, privatizó el poderoso parque industrial estatal, restando de éste apenas la Petrobrás, en una transferencia de propiedad que avaló las estructuras de poder y las relaciones entre las clases y de éstas con la política. Quedó todavía un significativo parque industrial privado, minado, sin embargo, por la apertura comercial indiscriminada. Sería largo, fastidioso y superfluo, frente al formidable arsenal de datos, análisis e interpretaciones de la CEPAL, reconstruir los desastres expresados en los principales indicadores económicos.

Esta fragmentación de las relaciones de clase no deja de tener consecuencias para la política, radicalizando a un grado insospechado las tensiones sociales, y se requiere un paso político de tal envergadura que la propia implosión de las relaciones de clase desautoriza esperar. Los altos niveles de desempleo y de informalidad destronaron de la centralidad política a las categorías organizadas en trabajo formal a las que habían ascendido: incluso la elección de Luiz Inácio Lula da Silva para la presidencia de la república brasileña no significó el auge del poder sindical como base política del PT. Su significado es otro. El desempleo y la informalidad, que alcanzaron en un país como Brasil algo así como el sesenta por ciento de la Población Económicamente Activa –y en Argentina el porcentaje es aún mayor– crearon una nueva clase que el léxico político de la izquierda y de la ciencia social no es siquiera capaz de nombrar: no son trabajadores informales, son desempleados pero no desocupados; no son “masa marginal” en la concepción de José Nun: son un lumpensinado, sin la carga peyorativa que el término innegablemente tenía en las manos del barbudo de Tiers. Es en la política que se tornan lumpenes; o mejor dicho, es en la anti-política.

Esa poderosa desestructuración destruye las relaciones de representación: ¿a quién representan hoy los propios partidos surgidos de las antiguas bases sociales? El justicialismo

argentino, ya de por sí dividido por poderosas fracciones burocráticas y hasta gangsteriles, ¿a quién representa? ¿A los piqueteros? Pregúntenles a ellos mismos. ¿El PT representa al sesenta por ciento de la suma de “informales” más desempleados en Brasil? ¿Los tradicionales partidos políticos de Colombia representan las fuerzas en conflicto hace más de 30 años, agravado por la entrada en escena de los paramilitares? Evo Morales es el nombre nuevo de los coccaleros, y es una novedad real, porque los partidos bolivianos hace mucho habían dejado de tener cualquier inserción realmente popular, y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) se pasó al lado de las oligarquías hace mucho tiempo. El movimiento indígena del Ecuador es también una novedad, en el mismo sentido que el movimiento de Bolivia. Fujimori fue una reacción liberal a la anarquía: pero el inmenso aparato digestor de la rapiña de las clases dominantes rápidamente lo tragó y transformó en el mayor símbolo de la impunidad corrupta de las viejas clases dominantes peruanas. Toledo viene con Stanford en el equipaje y ya experimenta una desmoralización que torna impotente su Ph.D.

La política institucional gira en falso, pues los condicionamientos y los constreñimientos impuestos por la globalización vuelven inútiles y superfluas las instituciones democráticas y republicanas. Los bancos centrales son las verdaderas autoridades nacionales, y ellas no son instituciones democráticas. En la definición schmittiana, soberano es quien decide el Estado de Excepción. Los Estados Nacionales se transformaron en Estados de Excepción: todas las políticas públicas son políticas de excepción. ¿Y quién decide entre nosotros?

La política institucional llevó a las fuerzas populares más transformadoras hacia una trampa. Son esas nuevas fuerzas populares, que finalmente llegaron a los umbrales del poder, los ejecutores de la excepción: de los superávits acordados con el Fondo Monetario Internacional (FMI), de la presión por implementar el Trado de Libre Comercio (ALCA), de la sumisión a la Organización Mundial de Comercio (OMC), de nuestra conversión al libre-cambio y al libre-comercio.

América Latina olvidó la lección fundamental de Raúl Prebisch, de la asimetría de fuerzas en la relación centro-periferia. Mientras tanto, las burguesías nacionales, enteramente subordinadas a la globalización, renuncian a la política. Prefieren confiarse en los dispositivos que Foucault tan notablemente señaló: apremios compulsivos, procedimientos, institucionalidades, etc. Todos automatismos que anulan la política.

El caso brasileño ilustra eso hasta la saciedad: el gobierno de Lula, que prometía ser transformador, se rindió a los compromisos; no hay oposición política, ni siquiera oposición de los sectores económicos, cualesquiera que sean. Se presenta entonces la paradoja de que las fuerzas que ganaron las elecciones luchan entre sí, en tanto que las clases dominantes provocan los conflictos: no es otro el caso de la reforma agraria en Brasil. El Movimiento de los Sin Tierra (MST) intenta obtener del gobierno el cumplimiento de la cantidad de asentamientos necesarios, y el gobierno no realiza la reforma agraria, tal vez no por falta de voluntad política sino por los encuadramientos fiscales superavitarios impuestos por el FMI, en tanto que los medios de comunicación exageran el conflicto entre el MST y el gobierno. En consecuencia, ambos se debilitan y las posiciones anti-reforma agraria comienzan a crecer.

También debe ser puesto en duda que el período neoliberal haya agotado su agenda. Por dar un ejemplo, volvamos al caso del gobierno brasilero que continúa profundizando las “reformas” neoliberales. Ahora bien, concediendo que la agenda neoliberal esté realmente agotada, la cuestión que se presenta es más complicada: ¿qué hacer para reparar el profundo desgaste organizacional de las clases trabajadoras y restaurar mínimamente la capacidad reguladora de un Estado enteramente depredado? ¿Cómo retomar el crecimiento económico si la inversión estatal que fue decisiva en la industrialización de América Latina no es posible porque las finanzas estatales han sido estranguladas por los pesados servicios de las deudas interna y externa y las privatizaciones? La confianza en el mercado como mecanismo de distribución de recursos debe ser puesta en duda aún con mayor vigor que en los tiempos dorados de la CEPAL, considerando que la distribución de ingresos empeoró, y por lo tanto las inversiones se dirigen apenas a los sectores que atienden la demanda de las clases de altos ingresos, perpetuando la perversa concentración ya señalada y denunciada por Celso Furtado. El crecimiento económico sin redistribución del ingreso se hace todavía más concentrador, y sin el

Estado como fuerza reguladora el proyecto transformador tiene todo para ser verdugo de su propia promesa.

A los estados nacionales impedidos de actuar en las políticas de desarrollo, les resta en América Latina la administración de las políticas de funcionalización de la pobreza. Se trata de políticas de excepción que transforman a los estados en estados de excepción. Son estados marquetineros que inventan nombres como “bolsa-escola” (beca-escuela), “bolsa-alimentação” (beca-alimentación), “primeiro-emprego” (primer empleo), “começar de novo” (comenzar de nuevo), “Fome Zero” (Hambre Cero) –el más pretensioso de todos, que denuncia con extrema claridad el carácter anti-universal de estas políticas. Entre tanto las políticas de seguridad social que promovieron una mayor redistribución de ingresos en los anales del capitalismo en los países centrales son anuladas en la periferia por las privatizaciones y las “reformas” –nuevo término para la piratería semántica.

Como las fuerzas del trabajo fueron sumamente erosionadas, y perdieron la capacidad de proponer políticas y llevarlas adelante, o de vetar las anti-reformas, los estados nacionales en América Latina rozan lo que la literatura llamó en el pasado populismo. Pero la denominación es equívoca; aquel populismo significó la inclusión por la “vía pasiva”, de forma autoritaria, de las clases trabajadoras en la política, mientras el neo-populismo –aceptémoslo por ahora– implica la exclusión de los trabajadores de la política y su transformación en objetos de políticas compensatorias. Que me perdone Nun, pero la “masa marginal” se convierte, por las políticas de funcionalización de la pobreza, en manutención de los “ejércitos de reserva” aptos para procesos de trabajo más primitivos, con los cuales ganar un lugar funcional en la acumulación de capital. No es, sin embargo, la pobreza la que mueve esa acumulación sino la revolución molecular-digital en el centro dinámico que transforma a la pobreza en funcional para la acumulación del capital. Las economías de América Latina pertenecen, ahora, a la familia de los ornitorringos, una combinación esdrújula de altos ingresos, consumo ostentador, acumulación de capital comandada por la revolución molecular-digital, pobreza extrema, lumpensinado moderno, avasallamiento por el capital financiero, incapacidad técnico-científica. Argentina, que nos había dado el único Nobel en un área científica, la fisiología-biología-medicina, duerme (¿duerme?) ahora en la Recoleta: aquí yace una promesa de nación.

¿Por qué el desafío es hoy mayor que aquel que se imponía en los años del desarrollismo, que encontró en la brava CEPAL su mejor formuladora? Primero, por una razón estratégica fundamental: la situación anterior –caracterizada por un “intercambio desigual” entre productores de materias-primas (América Latina) y productores de bienes manufacturados (el centro dinámico)– podía ser vencida con la puesta en marcha de la propuesta cepalina por excelencia: la industrialización. Hoy, la globalización es sobre todo un sistema financiero. La contradicción principal no radica en el hecho de que sean las propias multinacionales las que están presentes en la industrialización sustitutiva de importaciones –lo que agrava la dependencia financiera por ser uno de sus elementos estructurantes– sino en el hecho de que es el dinero global –dólar y euro– el que constituye el presupuesto y el resultado del financiamiento de las economías de la periferia latinoamericana. En otras palabras, quien financia la actividad productiva latinoamericana es el propio dinero internacional. Y no hay “industrialización sustitutiva” del dinero global. En este caso, el remedio mata. Es más compleja la ecuación de la dependencia y la de su resolución.

## Notas

\* Profesor titular del Departamento de Sociología y coordinador científico del Centro de Estudios de Derechos de Ciudadanía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas (FLLCH) de la Universidad de San Pablo (USP), Brasil.